

Juan Pablo Heras

Quijote/Play



ESCENA 1
Yo soy don Quijote

*(Diez intérpretes se reúnen en torno a un libro.
Uno de ellos lee en voz alta).*

UNO. En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla...

DOS. No, no era ahí. Más adelante.

UNO. Tenía en su casa un ama que...

TRES. ¡Tampoco, tampoco!

CUATRO. ¡Pasa la página!

UNO. Frisaba...

DOS. ¡Ahí, ahí!

UNO. Frisaba la edad de nuestro hidalgo...

CINCO. ¿Qué significa eso de «frisaba»?

TRES. Ni idea...

DOS. Que rozaba. Que estaba muy cerca. Que le quedaba muy poquito para llegar... Veréis. *(A UNO)*.

Déjame el libro. *(Leyendo)*. «Frisaba la edad de nuestro hidalgo con...» *(pausa)* los dieciocho años.

CINCO. ¿Dieciocho?

SEIS. No puede ser.

SIETE. De ninguna manera.

NUEVE. Don Quijote no puede tener dieciocho años.

CINCO. Diecisiete. «Frisaba» significa que le queda poco para...

UNO. Don Quijote es un anciano.

CUATRO. No te pases...

OCHO. No es tan mayor...

UNO. Ni tan joven.

DOS. «Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los dieciocho años».

CUATRO. ¿Otra vez?

DOS. Dieciocho años porque don Quijote... Don Quijote soy yo.

UNO. ¡¡¡Eh!!! Eso no puede ser.

DOS. ¿Por qué?

UNO. Porque... Porque... ¡Porque yo soy don Quijote!

TRES. ¡No, yo soy don Quijote!

CUATRO. ¡No, yo!

(Todos hablan a la vez atribuyéndose la identidad del caballero).

NUEVE. ¡Yo no quiero!

TODOS. ¿¿¿No???

DIEZ. ¿No quieres ser don Quijote?

NUEVE. No, no es eso. No quiero cumplir dieciocho años.

SIETE. ¡Venga ya!

UNO. Tener dieciocho años es...

NUEVE. Una mierda. ¡Te pueden meter en la cárcel!

(Todos le protestan y enumeran a la vez las ventajas de ser mayor de edad).

DOS. Todos tenéis razón. *(A NUEVE)*. Y tú también tienes razón. ¿Sabéis qué es tener dieciocho años?

TODOS. ¡¿Qué?!

DOS. Tener dieciocho años es escribir tu propia novela.

CINCO. ¡Como don Quijote!

DOS. No exactamente. Don Quijote se pasaba los días leyendo novelas de caballería.

CINCO. ¿Todos los días? ¿Por qué?

DOS. Porque el final de cada uno de ellos era... *(lee)* «la promesa de aquella inacabable aventura».

UNO. ¡Pero todos los libros se acaban!

DOS. No si el autor eres tú. Escuchad: *(lee)* «Muchas veces le vino deseo de tomar la pluma y darle fin al pie de la letra, como allí se promete, y sin duda alguna lo hiciera, y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran». ¿Sabéis cuáles eran esos pensamientos? Que había algo mejor que escribir una novela. Don Quijote decidió... vivir en una novela.

TRES. ¿Vivir? Claro, para que fueran otros los que escribieran sobre él.

DOS. Estamos rozando los dieciocho años. Ha llegado la hora de que vivamos nuestras propias novelas.

CUATRO. ¡Yo seré don Quijote!

DOS. ¿Y tu novela?

CUATRO. ¿Mi novela?

TRES. ¿Qué contarán de ti?

CUATRO. Pues... Ya lo sé. Algún día alguien contará... cómo llegué a Marte.

SEIS. ¿A Marte?

CUATRO. Sí, seré el primer ser humano en pisar el polvo rojo.

OCHO. Yo también viviré en una novela. Y será... romántica.

(Juega a darse besos con otro actor. NUEVE le hace fotos).

SIETE. ¡Yo seré don Quijote! Y de mí dirán las crónicas que, como presidente de la Unión Mundial de Naciones, acabé con todas las guerras e injusticias del mundo.

TODOS. ¡Don Quijote presidente! ¡Don Quijote presidente!

UNO. Un momento, un momento... El público no ha venido a que le contemos nuestra historia.

OCHO. ¿No? Pues a mí me parece muy interesante. *(Al público)*. Podéis seguirme en...

UNO. ¡No! Estamos contando la historia de don Quijote de la Mancha, caballero andante.

DIEZ. Los caballeros andantes no existen. Nunca han existido.

UNO. Tampoco tu vida... Todavía.

DOS. Pues empecemos a vivir. Pongamos en pie a don Quijote de la Mancha.

UNO. Eso es. Necesitamos un caballo, una armadura, un yelmo...

(Al instante, varios actores traen a escena un casco de moto medio roto y una vieja chaqueta de motero. Antes de que se dé cuenta le ponen todo eso a UNO, que no sale de su asombro. Una vez que se ve así vestido, deja ver en su gesto que espera una moto, pero lo que recibe es una bicicleta vieja —puede ser estática— dotada con unas alforjas roñosas y un palo de fregona a modo de lanza).

CINCO. ¡Aquí tienes a Rocinante!

UNO. ¡Eh! ¿Qué estáis haciendo?

DOS. Tú serás don Quijote...

TRES. Pero solo en esta escena, ¿eh?

(UNO se observa a sí mismo asombrado. Pedalea con cuidado en su bicicleta y empieza a sentirse cómodo, y enseguida entusiasmado).

UNO-DON QUIJOTE. ¡¡¡A la aventura!!!

ESCENA 2

Espejismos de la primera salida

(UNO-DON QUIJOTE recorre los caminos de la Mancha con su bicicleta Rocinante. DOS toma el libro y lee).

DOS. Apenas se vio en el campo, cuando le asaltó un pensamiento terrible, y fue que le vino a la memoria que no era armado caballero y que, conforme a la ley de caballería, ni podía ni debía tomar armas.

UNO-DON QUIJOTE. ¿Que no puedo? Yo soy don Quijote de la Mancha...

DOS. Todavía no... Por ahora, solo eres el hidalgo Alonso Quijano. Escucha: *(leyendo)* Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas propuso de hacerse armar caballero del primero que topase, a imitación de muchos otros que así lo hicieron, según él había leído en los libros.

UNO-DON QUIJOTE. No pararé hasta que encuentre un castillo donde ser armado caballero. Nada ni nadie puede parar a don Quijote.

(Empieza a circular con la bicicleta, pero pronto muestra cansancio).

DOS. A don Quijote quizá no, pero mucho antes de encontrar algún castillo a Alonso Quijano se le acabó la batería. Al anochecer, su rocín y él se hallaron cansados y muertos de hambre.

UNO-DON QUIJOTE. ¿Hambre? No, no, los caballeros andantes no sentimos esas cosas.

(Intenta seguir pedaleando, pero le fallan las fuerzas).

DOS. Tendrás que parar. Descansar. Comer...

UNO-DON QUIJOTE. ¿Descansar? ¿Comer? Que borren esas debilidades de la novela de mi vida. Yo no pararé hasta encontrar un castillo.

DOS. En esto, sucedió acaso que un porquero que andaba replegando una manada de puercos (que, sin perdón, así se llaman) tocó un cuerno, a cuya señal ellos se repliegan.

(Entra un PORQUERO tocando el cuerno y empujando a otros actores que interpretan a los cerdos. Se mueven por todo el escenario y rodean a DON QUIJOTE).

UNO-DON QUIJOTE. ¿Puercos? No, no, no, es un enano que guarda la puerta del castillo y que anuncia mi llegada.

DOS. ¿Castillo?

TRES. ¿Castillo?

TODOS. ¿Castillo?

PORQUERO. ¿Enano?

(El PORQUERO se observa a sí mismo y se marcha llorando, arrastrando a sus puercos. Van entrando en el escenario varias PROSTITUTAS, con aspecto demacrado. El lugar, la venta, es sórdido y sucio, más cercano a un burdel de carretera de cualquier ciudad de la Europa de hoy que a un hotel pintoresco con los que la Mancha de ahora trata de captar turistas atraídos por el prestigio de la novela cervantina).

UNO-DON QUIJOTE Y DOS. *(Al público, simultáneamente).* Un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadizo y honda cava.

(DON QUIJOTE se acerca a unas PROSTITUTAS. Lo miran atónitas. Hace esfuerzos por quitarse el casco, pero no lo consigue. Ellas se asustan y se alejan de él. Una de ellas se va).

UNO-DON QUIJOTE. No fuyan las vuestras mercedes, tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran.

(Las PROSTITUTAS comprueban que el desconocido es inofensivo y vuelven a acercarse. Intentan quitarle el casco, pero no lo consiguen. La que se había marchado vuelve acompañada por un hombre, el VENTERO. Este también intenta quitarle el casco, pero a pesar de los forcejeos solo consigue abrirle la visera).

VENTERO. Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amén del lecho (porque en esta venta no hay ninguno), todo lo demás se hallará en ella en mucha abundancia.

(Con «todo lo demás» el VENTERO, en realidad un proxeneta, se refiere a las PROSTITUTAS, a las que con un gesto obliga a contonearse delante de DON QUIJOTE para que este elija a cuál llevarse a la cama. DON QUIJOTE lo rechaza).

UNO-DON QUIJOTE. Ni necesito lecho ni osaré tocar a tan hermosas como castas damas, pues mi único fin es ser armado caballero por usted, señor alcaide de este castillo.

(El VENTERO aparta a las PROSTITUTAS).

VENTERO. ¿Trae dinero?

UNO-DON QUIJOTE. Jamás leí que un caballero andante lo llevara.

VENTERO. ¿Ni camisas limpias?

UNO-DON QUIJOTE. Tampoco.

VENTERO. Que no aparezca en las novelas no es porque los caballeros no las lleven, sino porque es algo tan claro que los autores no necesitan escribirlo.

UNO-DON QUIJOTE. No necesito lecho ni alimento. Tan solo que me indique dónde está la capilla para velar en ella las armas toda la noche.

VENTERO. Capilla no tenemos en este «castillo», pero si quiere puede velar las armas en el patio y mañana quedará armado caballero, y tan caballero que no pudiese ser más en el mundo.

(El VENTERO se marcha y obliga a hacer lo mismo a las PROSTITUTAS. DON QUIJOTE se queda solo y se arrodilla, dispuesto a velar sus armas, que no son más que cachivaches viejos que saca de las alforjas de su bicicleta: una navaja suiza, un abrelatas, un destornillador... Al poco tiempo vuelve una de las chicas, MARITORNES, que lleva un plato de comida. Camina sigilosa, como si actuara sin permiso).

MARITORNES. ¡Eh! *(DON QUIJOTE bisbisea oraciones inaudibles y no oye. Ella alza la voz).* ¡Eh! ¡Eeh! *(DON QUIJOTE reacciona. Ella comprueba que nadie ha escuchado sus gritos y le habla ahora en voz baja).* Te he traído comida. Unas truchuelas. Son para ti.

(DON QUIJOTE duda. Titubea a la hora de aceptarlo. Finalmente agarra el plato con el ansia del hambriento).

UNO-DON QUIJOTE. Gracias, bella dama, que el trabajo de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas.

(DON QUIJOTE se dispone a comer, pero la visera del casco se le cae a cada leve movimiento de la cabeza. MARITORNES, asegurándose de que el VENTERO ignora sus actos, acaba dándole la comida manteniéndole levantada la visera).

VENTERO *(En off)*. ¡Maritornes! ¡Llegan clientes!

(MARITORNES se va corriendo. DON QUIJOTE intenta comer un poco más, pero no lo consigue. Resignado, vuelve a arrodillarse y a velar sus armas. Entra un grupo de hombres, algo borrachos y dispuestos a entrar en el prostíbulo. Uno de ellos tropieza con las «armas» de DON QUIJOTE).

UNO-DON QUIJOTE. ¡Oh, tú, quienquiera que seas, atrevido caballero, que llegas a tocar las armas del más valeroso andante que jamás se ciñó espada! Mira lo que haces, y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento.